

ñas y en su gobierno, que logró que Henrique VI á la edad de once años fuese coronado en Paris solemnemente como rey de Francia.

Isabel de Baviera, marchita ya por los años, lleno su corazon de amargura y de fastidio, pero sin haberse estinguido en ella la ambicion ni la venganza, vió pasar desde las ventanas del hotel de San Pablo donde vivia, toda aquella espléndida y fastuosa procesion, en medio de la cual iba su nieto Henrique VI, todavía envuelto por su tierna edad con la blanca vestidura de la inocencia y del candor.

Cuando acabó de pasar por el hotel toda aquella vision fantástica de púrpura, de acero y de oro que tenia por objeto colocar la corona sobre las sienas débiles de un niño estrangero, la reina Isabel se retiró de la ventana y entró en su alcoba, bañada en lágrimas. Estas lágrimas, eran probablemente arrancadas por el remordimiento; pero ella decia que eran nacidas del placer que le causaba el ver á su nieto adornado con dos coronas.

La coronacion de Henrique VI fué el año de 1432, y tres años despues, es decir, en el año de 1435, murió Isabel de Baviera. Los ingleses tuvieron que conducir su cuerpo ocultamente y de noche á la abadía de San Dionisio, donde fué sepultada junto al cadáver de su esposo, á quien tanto atormentó durante su vida.

Hemos animado, por un momento, á una reina

hermosa como la Vénus de la antigüedad, y perversa como esas eternas y acabadas figuras de la Mesalina Romana, y á dos reyes; el uno jóven, valiente, guerrero y afortunado, digno de los cantos de los antiguos trovadores, y el otro sufrido, constantemente desgraciado, ultrajado por su muger, abandonado de sus amigos, despreciado de sus súbditos, y terminando sus dias privado de la luz divina de la razon.

Isabel de Baviera, Henrique V de Inglaterra, y Carlos VI de Francia. Los tres murieron.

Dejémosles reposar en paz en sus frias y oscuras sepulturas, é invoquemos un momento la memoria de dos mugeres: la una hermosa, valiente, constante y esforzada como una amazona; la otra bella, resignada, sublime como una santa de la cristiandad.

Una de estas mugeres se llama Margarita, la otra Juana.

Por la lectura de las líneas que han precedido, se puede formar una idea del estado de debilidad en que á la época en que nos referimos se hallaba la Francia. Un rey errante ó desconocido, la capital con un gobierno estraño, las provincias saqueadas y diezgadas por los amigos y los enemigos, el país todo lleno de una á otra parte de caballeros errantes que venian á caer repentinamente como aves de rapiña sobre las poblaciones indefensas. Todos los guerreros valientes, afamados, todos los

señores poderosos, los políticos y hombres de Estado, nada podían hacer. Si las cosas hubiesen continuado así por más tiempo, Carlos VII hubiera tenido que abandonar enteramente el suelo de la Francia y buscar asilo y refugio en otros países.

Para cambiar enteramente esta escena, no fué necesario más que dos instrumentos, quizá de los más débiles é insignificantes que entonces se pudiera imaginar.

Estos dos instrumentos eran una cortesana llena de belleza, de gracias y de juventud, y la otra una muchacha sencilla del campo, dotada de la simplicidad y candor común de las familias educadas en medio de las costumbres tranquilas de las aldeas.

Una de estas mugeres se llamaba Ines Sorel, y vivía en el castillo de Chinon. (*)

(*) Ines Sorel era hija del caballero Sorel de S. Gerardo. Nació en el año de 1410, en el pueblecito de Fromenteau en la Turena. Siendo joven, vino á Paris como dama de honor de Isabel, duquesa de Anjou. Allí la conoció el rey Carlos VII y se enamoró de ella, conservándole cariño y amistad durante toda su vida. Ines murió antes de cumplir cuarenta años de edad en Jumièges, según todas las probabilidades, envenenada por el Delfín, después Luis XI: fué muger que tuvo un amor tan decidido por su patria, que rayaba en entusiasmo; sumamente caritativa, de manera que no había pobre que ocurriese á ella que no fuese abundantemente socorrido. La mayor parte del dinero que pasó por sus manos, fué para ser empleado en hacer caridades y fundaciones religiosas. Tuvo de Carlos

La otra se llamaba Juana de Arco, y vivía en Doremy, pueblecillo pequeño de la Champaña.

Todo el mundo sabe cuán poderoso es el influjo de una muger sobre todas las acciones de un hombre apasionado. Carlos VII adoraba á Ines Sorel, la que afortunadamente para la Francia no era de aquellas mugeres de un espíritu vulgar. Amaba al rey; pero quizá amaba más su nombre y su gloria. Su corazón grande tenía sentimientos delicados para el hombre y sublimes para la patria; y si bien se resignaba á ser únicamente la favorita, no quería cargar con la vergüenza y el baldón que el pueblo le echaría encima, culpándola de que quitaba al rey su armadura de guerrero para adormecerlo en sus brazos amorosos, y mantenerlo en el ocio y en la inacción cuando la patria necesitaba de la fuerza, de la energía y de la autoridad del soberano.

Ines Sorel escaltó el amor propio del rey con las palabras dulces y suaves que las mugeres saben decir; le infundió una energía y un vigor que hasta entonces no había conocido, y con el imperio del amor lo lanzó en medio de los combates y de los campos de batalla.

VII tres hijas, que fueron legitimadas, reconocidas y ricamente dotadas. Carlota se casó con Jacobo de Breze, quien á los pocos días por causa de un arrebatado de zelos, la mató á cuchilladas. Juana, que casó con el conde de Sancerre, y Margarita con Oliverio de Coetivi.—(Annie Forbes Bush *Memoirs of the Queens of France.*)

Hé aquí un enemigo oculto que no conoció Henrique V al morir, y que tampoco esperaba el duque de Bedford. Los grandes hechos históricos proceden casi siempre de incidentes muy pequeños y despreciables. Hasta que no se analicen y se escriban todos ellos de una manera minuciosa, no se encontrará la verdadera filosofía de la historia.

Juana era una doncella del campo, simple como la naturaleza, ignorante de las grandes cosas, como lo son por lo general todos los que viven retirados de las cortes; religiosa y buena como las hijas de todas las familias que aprenden por hábito y por antigua tradición de familia la religion y el evangelio. Juana, además, si no era una de esas cortesanas delicadas, finas, voluptuosas, llenas de gracias realzadas por el artificio y la educación, podía pasar en su pueblecillo como una de las vigorosas y frescas hermosuras, parecidas á las flores salvages que repentinamente amanecen abiertas y espléndidas en medio de la soledad de los bosques.

Juana, según sus declaraciones, según las memorias orales trasmitidas de generacion en generacion, según las crónicas de esos tiempos, y según también la historia escrita en nuestra época, tuvo visiones celestes, oyó voces sobrenaturales, que le ordenaban que tomase las armas, que corriese á la defensa y á la salvacion de su patria.

Pero ella, pobre, muchacha, desvalida y oscura, ¿qué podía hacer para acercarse al rey y á los grandes, y cómo podría competir con tantos y tan afamados generales?

Las voces del cielo le ordenaban sin embargo que saliese de la oscuridad de su aldea y que se lanzase resuelta y atrevida en medio de la corte, y allí sacudiendo la pereza del rey y de sus caballeros empuñase el blanco estandarte recamado con las flores de lis, y diese el ejemplo saliendo al encuentro del enemigo.

Juana fué presentada á ese señor de Baudricourt, mezquino y pequeño personaje cuyo nombre no ha llegado á nosotros sino porque casualmente era gobernador de la ciudad mas cercana á la aldea de Juana.

El Sr. de Baudricourt la presentó á la corte, que se hallaba en Chinon, y entonces la buena muchacha, que iba noble y desinteresadamente á sacrificar su vida, sufrió los interrogatorios, los inconvenientes, las contradicciones, las demoras mas estrañas, como si esa corte degradada y corrompida que huía ante los enemigos, hubiera podido darle algo en recompensa de las grandes y maravillosas hazañas que iba á efectuar.

Por fin Juana se revistió su armadura de acero, empuñó su pendon y su lanza, y desembarazada, esperta, segura de sus operaciones como el guerrero mas consumado, se dirigió á Orleans, introdujo